

DISCURSOS

LEIDOS EN LA

SESION INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO DE 1885-1886

EN LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

CELEBRADA EL DÍA 20 DE DICIEMBRE DE 1885

BAJO LA PRESIDENCIA DEL

EXCMO. SR. D. EUGENIO MONTERO RIOS

Ministro de Fomento

POR

D. FELIPE ÓVILO Y CANALES

Secretario de la Sociedad

Y

D. JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ

Secretario de la Sección de Epidemiología, Secretario de la Academia Médico-Quirúrgica,  
miembro correspondiente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba, etc.

---

MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE TEODORO

Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

1885



DISCURSOS  
LEIDOS EN LA  
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE  
EN LA SESION INAUGURAL DEL  
AÑO ACADÉMICO DE 1885-1886



# DISCURSOS

LEIDOS EN LA

SESION INAUGURAL DEL AÑO ACADÉMICO DE 1885-1886

EN LA

## SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

CELEBRADA EL DÍA 20 DE DICIEMBRE DE 1885

BAJO LA PRESIDENCIA DEL

EXCMO. SR. D. EUGENIO MONTERO RIOS

*Ministro de Fomento*

POR

D. FELIPE ÓVILO Y CANALES

Secretario de la Sociedad

Y

D. JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ

Secretario de la Sección de Epidemiología, Secretario de la Academia Médico-Quirúrgica,  
miembro corresponsal de la Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba, etc.

---

MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE TEODORO

Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

1885



DISCURSO

DEL SEÑOR

D. FELIPE ÓVILO Y CANALES

Secretario de la Sociedad.



---

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Pocas veces he lamentado tanto como ésta no poseer la pluma, y con ella el brillante estilo que todos admiramos en nuestro compañero y mi antecesor el Dr. Pulido; intenciones tuve, en su defecto, de trasladar íntegra la primera parte del discurso que en igual solemnidad tuvimos el gusto de oírle el año anterior, y de haberseme permitido, no hubiera dejado de hacerlo con tanto provecho mío como gusto por vuestra parte.

Y es que aquella situación que tan bien nos pintaba continúa pesando sobre nosotros sin grandes cambios; subsisten las mismas causas y hemos de experimentar los mismos efectos; la Higiene, cuyos beneficios han podido comprobarse en la epidemia que tan cruelmente ha azotado á algunos pueblos de nuestro país, no es, por desdicha, comprendida por todos en su verdadero valor; es un tesoro que, como los metales más ricos, se encuentra envuelto entre pedruscos, y sólo adquiere precio cuando á fuerza de trabajos, de constancia y gastos no pequeños logramos desprenderle de la ganga que le rodea, que en este caso la constituyen la pere-

za, la ignorancia, las preocupaciones, y á veces, muchas por desgracia, la falta de recursos para poner en vigor sus leyes máspreciadas.

Ya lo habeis visto en esa epidemia á que ántes me he referido: los pueblos más instruidos, los que más se cuidaron de la Higiene, aquellos que con cariño más amoroso la miraron, han podido afrontar con más éxito los furores del cólera, que se ha cebado con más rigor que nunca en las poblaciones que á las más favorables condiciones de receptividad añadían el olvido de esta ciencia, que es verdaderamente otra madre del hombre. Comparad los estragos que ha hecho el azote del Ganges en Madrid y en Barcelona, por ejemplo, con los que ha llevado á otras ciudades cuyo nombre no citaré, pero que están en la memoria de todos, y en la poderosa elocuencia de los hechos encontrareis el más irrefutable de los argumentos que comprueban esa verdad.

Y, sin embargo, la Higiene no cuenta hoy con aquel número de decididos partidarios que tenían derecho á esperar sus muchos merecimientos, siendo lo más notable del caso que es tan grande el de personas que á cada instante están pregonando sus beneficios como lo es reducido el número de aquellos que hacen en su obsequio el más pequeño sacrificio. Parécese en esto la Higiene á la virtud: todos, ó casi todos, la tienen de continuo en los labios, y pocos, muy pocos, la rinden fervoroso culto. Por otra parte, aún no se tiene entre nosotros un concepto claro y perfectamente definido de lo que en la actualidad representa la Higiene; para el vulgo ilustrado, que sabe tan poco como el vulgo ignorante, pero que no tiene, como éste, la ventaja de sentir, ni se deja arrastrar instintivamente por impulsos generosos, la Higiene es todavía una rutina digna de tiempos muy re-

motos; para ciertos sabios que estudian sin aprender y que escuchan sin oír, como para algunos políticos y hombres que se llaman de administracion, no pasa de ser una sensiblería filantrópica con que ilusos soñadores molestan la atencion pública, presentando utopias de la más difícil realizacion; las cátedras donde se enseña este importante ramo de la Medicina, á pesar de los esfuerzos de algunos profesores, ni están dotadas de Museos y Laboratorios como los que nos llaman la atencion en el extranjero, y sin los cuales es punto ménos que imposible comprender todo el alcance y adelantamientos de esta importantísima Ciencia; y si á todos estos datos, que han de amenguar el gusto por su estudio, añadís el poco espíritu de asociacion que nos domina, comprendereis fácilmente el por qué no ha engrosado nuestras filas el número de los que era lícito esperar compartiesen nuestras tareas y la razon tal vez de algunas deserciones.

Por eso nuestra Sociedad no se muestra aún con aquella brillantez y lozanía que los amantes de la Higiene ambicionamos; por eso quizás se ha de pasar algun tiempo y hemos de trabajar mucho ántes que se desarrolle por completo el gusto por estos estudios tan necesarios como útiles; hé aquí la causa de celebrar estas solemnidades sin grandezas engañosas, y sí con la modestia que corresponde á nuestra verdadera situacion.

No hemos de desmayar por ello; cuanto nuestro número sea más reducido, tanto mayor ha de ser nuestro esfuerzo en pro de lo que constituye nuestro bello ideal; por el contrario, esto nos incitará más y más en su defensa, que nunca un ejército se halla más pronto para el combate que cuando consigue separar del cuerpo sano de sus tropas á los enfermos, á los débiles, á los pusilánimes, á lo que con

grande exactitud se conoce con el nombre de impedimenta.

De la opinion pública ha de esperar esta Sociedad las satisfacciones más honrosas por sus esfuerzos en beneficio de la salud de todos, y en verdad que en el curso anterior ha empezado ya á recogerlas; recordad el salon y los pasillos las noches de sesiones públicas, y en la ilustrada concurrencia que constantemente los llenaba, ¿quién duda que no se encierra un premio mayor que á nuestros merecimientos correspondía?

Cierto es que en las sesiones ordinarias se ocupó esta Sociedad en el desarrollo de un tema que encierra el más vivo interés; era uno de los que nos dejara designados nuestro primer Presidente, el inolvidable Mendez Alvaro, y que encierra uno de los más difíciles problemas de la higiene social:

*¿Qué medios podrán emplearse para remediar los estragos de la sífilis?*

La simple enunciaci3n del tema fuera suficiente para alarmar el ánimo apocado de algun hipócrita tartufo de los que, hartos de rendir culto al vicio en sus más variadas formas y con el más sigiloso secreto, cubren sus mejillas de falso rubor siempre que en público se trata de alguna cuestion que al vicio se refiera; miran otros la sífilis como justo castigo de ciertas culpas, y hasta temen combatir esa enfermedad, cuya desaparicion consideran como una patente de corso para el desalmado, y por estas razones siempre se aborda esta cuestion con gran reparo y no escasos miramientos.

Es la sífilis una plaga más mortífera que las epidemias exóticas que tanto nos aterran; despues de la tisis, ó quizá tanto como ésta, el azote más cruel de nuestros tiempos, y

tanto más cruel cuanto que, á semejanza de aquellas epidemias, escoge la mayor parte de sus víctimas entre lo más florido y lozano de los pueblos, y teniendo la triste propiedad de transmitir su virus más ó ménos degenerado á los sucesores de quienes fustiga, reúne en sí todos los caracteres de una epidemia crónica y trasmisible á otra generación. Perro que muerde sin ladrar no causa el espanto que otras efímeras epidemias, temibles y mortíferas, sí, pero no tanto como ese azote que agosta la juventud, que anticipa la vejez, que diezma los ejércitos, que debilita las fuerzas sociales y que lleva al hogar la desconfianza, la intranquilidad y el desamor.

Que no es sólo el vicioso, como algunas almas cándidas están en la creencia, la víctima de sus rigores; el guante que dejó olvidado un amigo en quien no se sospecha; la boquilla del cigarro y el porta-plumas ajeno que inconscientemente se lleva á la boca; la cuchara, el vaso ú otro cualquier enser de la más aparente limpieza; el beso que se da ó se recibe del inocente niño; el seno de la nodriza y los labios del tierno infante que en él recibe el primer alimento de la vida; todo esto puede ser, y es con frecuencia, el vehículo de trasmisión de un virus que tan difícilmente se despidе del organismo, que en mal hora, ya por azar, ya con casi conocimiento, le abre sus puertas.

Es tan traidor ese azote, que muchas veces engaña á sus víctimas, desapareciendo aparentemente hasta hacerlas creer que ya se vieron libres de sus golpes, y tan engañosa confianza hace conducir á muchas de ellas en forma que las asemejaría, si no mediase esa circunstancia, con los más protervos criminales. ¡Cuántas veces, por esa causa, las flores de azahar que cubren las sienes de la púdica doncella se

convierten en agudas espinas, que al taladrar sus carnes matan para siempre las más juveniles ilusiones!

Es, pues, este mal digno de ser combatido con todas las fuerzas del higienista, y así lo comprendió la Junta Directiva al poner á discusión el tema, que fué escogido por los socios y por el público con no menor entusiasmo. Cuantos conocen los estudios á que hace muchos años viene dedicándose nuestro consocio, y mi querido compañero y amigo, el Sr. Torres, saben cuán grande es su competencia en este género de cuestiones, y no fué, por tanto, de extrañar la habilidad que desplegó en dos sesiones consecutivas al desarrollar tan complejo problema; siguióle en el uso de la palabra otra persona asimismo muy competente, el Dr. Montes, que pronunció también dos largos discursos llenos de doctrina, dignos precedentes de los prácticos y atinados de su compañero el Sr. Escribano. Libro utilísimo, y que hubiera sido leído con gran interés, se habría podido formar de haberse recogido in extenso las conferencias de los señores Torres, Montes y Escribano, añadiéndolas como complemento las elocuentes oraciones del Sr. Fernandez Caro, las frases tan llenas de sentido moral del Dr. Call, y las noticias que expuso á la Sociedad en un galano discurso el Dr. Cabello, que, hábil como pocos, sabe recoger delicados frutos en sus viajes por el extranjero. Plácemes merecieron todos, y honraron á la Sociedad al desarrollar ese tema con una discreción tan grande, por lo ménos, como sus grandes conocimientos en la materia.

Una tristísima circunstancia vino á interrumpir aquella levantada discusión: el cólera que se presentara el año pasado en nuestras provincias de Levante, había reaparecido con fuerza y amenazaba invadir todo el país; al mismo tiempo

se presentaba una esperanza que parecía el más firme baluarte contra sus estragos, ofrecida por un hombre en quien sus más decididos adversarios no negaron nunca muchos conocimientos y mérito relevante en la especialidad á que se dedicaba. La SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE, que tan previosora se había mostrado en esta epidemia dando avisos y repartiendo consejos mucho ántes de su aparicion, y que los había visto recibidos con tal éxito que naciones tan ilustradas como Italia los aprotijaba y reproducía íntegros, no podía mostrarse indiferente ante sucesos de importancia semejante.

Acontece con frecuencia, por no decir siempre, que todas las epidemias son negadas y confundidas en los primeros momentos de su aparicion; así sucedió con ésta el año pasado y áun en la primavera del presente; y como nadie puede prepararse para el combate ni luchar con ventaja sin conocer bien al enemigo que nos acecha, de ahí la necesidad de aclaraciones que alejasen la duda del ánimo público acerca de la naturaleza de la enfermedad que ya amenazaba salir de aquel hermoso suelo valenciano, cuyas ricas huertas había regado con abundantes lágrimas. Este primer punto de la discusion fué aprobado por unanimidad despues de muy razonadas frases, entre las que descollaron llenas de autoridad, por ser de testigos presenciales, las de los Sres. Pulido, Lacasa, Caballero y Zabala, que fueron tambien los que hicieron las afirmaciones más claras y categóricas sobre este punto desde el primer momento.

El salon de sesiones no era capaz para contener el numeroso público que acudía á presenciar estos debates; el interés creciente con que se desenvolvían, el fuego con que los oradores apoyaban sus argumentos, la fe con que defen-

dían sus ideales, y la riqueza de conocimientos que como inagotable torrente se vertía desde estos bancos, había establecido una atracción tan inmensa entre la concurrencia y los oradores, que mucho ántes de la hora de dar comienzo á las sesiones se hacía muy difícil penetrar en el local.

Y es que la segunda parte del tema, aquella en que se discutía la profilaxis del cólera propuesta por el Sr. Ferran, que con tanto apasionamiento se valoraba en aquellos instantes, había de tener por necesidad un interés mayor que en parte alguna en la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE. Pocas cuestiones se habrán discutido por amigos y adversarios con más pasión que ésta que á Ferran se refiere; nunca maestro alguno se ha rodeado de partidarios más decididos, y pocas escuelas habrá en estos tiempos que hayan sido combatidas con más fe y con mayor decisión. El debate sostenido en la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE había de reflejar necesariamente el estado de los ánimos, y así fué, con grande ventaja para todos, porque en estas luchas, en las que nunca resultan vencedores ni vencidos, sale siempre la Ciencia gananciosa; que, aparte de que nunca lastiman los argumentos científicos, el hombre que generosamente profesa una doctrina encuentra en la del adversario, aunque sea vencido, algo que ignoraba y que le era útil aprender.

No he de recordaros lo que fué aquella discusión; difícil me fuera hacerlo, y, por otra parte, es imposible hayais podido olvidar aquella fogosa y elocuente palabra del doctor Pulido; aquellos razonamientos tan científicos del doctor Cortezo; las aseveraciones tan llenas de interés, novedad y certeza de los Sres. Cabello y Zabala; las noticias de los primeros casos en Madrid que nos diera, confirmando el diagnóstico exacto, el Sr. Lacasa; el sentido práctico que

demostraba el Dr. Sicilia; aquel hermoso discurso del orador y catedrático de Valencia, el Dr. Gimeno; los argumentos acerados del Dr. Espina; los conocimientos nada comunes que en Ciencias naturales admiramos al Sr. Sierra y Carbó; los estudios prácticos que en el asunto demostró el Sr. Moreno de la Tejera; la envidiable, por lo flúida y correcta, palabra del Sr. Fernandez Caro; y, por último, cuando parecía imposible que nadie pudiera decir nada nuevo ni atractivo, aquel discurso-resúmen de nuestro Presidente, el Sr. Martinez Pacheco, que, juzgando con la mayor imparcialidad todas las opiniones, fué digno remate de la discusion por sus nuevas y conciliadoras ideas, por la suma de sus varios conocimientos y por lo levantado del fin que le inspiraba.

El resultado del debate, previsto ya desde las primeras sesiones, fué la conformidad en el carácter colérico de la epidemia y el no considerar necesaria la modificacion del informe sobre medidas profilácticas que hace dos años se dió á las autoridades y al público.

Tales trabajos, las comunicaciones y conferencias de algunos Socios, entre las que es digna de mencion la reseña del Congreso Internacional de Higiene habido en el Haya, que con su habitual maestría nos hizo el Sr. Fernandez Caro, consumieron el tiempo del pasado curso, del que esta Sociedad puede estar satisfecha, y puedo aseverarlo con tanta más libertad cuanto que ineludibles deberes me han tenido alejado de Madrid en el tiempo de sus más brillantes campañas.

Del estado interior de la Sociedad no quisiera ocuparme despues de la relacion de sus triunfos; algo y aún algos queda apuntado en los primeros párrafos de esta Memoria; cierto

es que hasta ahora hemos podido salir airoso y cumplir como buenos con nuestros compromisos; pero ínterin no sean mayores nuestros recursos no podremos llenar la mision útil y práctica á que debe aspirar una asociacion de esta índole. Los conocimientos que emanan de la Higiene deben vulgarizarse y ser objeto de propaganda tan activa que sean eminentemente populares; esto no puede hacerse sin recursos, y los nuestros propios no alcanzan para ello.

Al inaugurarse esta Sociedad fué favorecida por el Gobierno que entónces regía los destinos del Estado con una modesta subvencion, que á la caida de aquel Ministerio hubo de suspenderse por razones que, aún no siéndonos conocidas, hemos de respetar. Pudo atenderse con aquella suma á la creacion de una Revista que el público recibió con mucho agrado, se ayudó la publicacion de otro periódico dedicado á la propaganda de la Higiene, y se hicieron tiradas considerables de instrucciones, consejos y advertencias que, repartidos con abundancia entre las Diputaciones y Ayuntamientos del país, habían de contribuir á la conservacion de la salud pública. Sin la subvencion era imposible atender á estas necesidades, que poco á poco han ido suprimiéndose.

Algunos Socios acudieron en demanda de auxilio al excelentísimo Sr. Ministro de Fomento, Sr. Pidal, quien tuvo á bien concedernos por una sola vez la cantidad de 1.500 pesetas, con cuya suma pudimos hacer frente al compromiso que teníamos contraido con los autores de las Memorias laureadas en el año anterior.

Aunque nuestro agradecimiento sea muy grande hacia el Sr. Ministro que nos hizo tal merced, mayor ha de ser su satisfaccion cuando sepa el destino que se ha dado á las 1.500 pesetas que nos donara tan graciosamente.

Setecientas cincuenta ha recibido el Sr. Belmás por su obra *Evacuacion de aguas inmundas en las grandes y pequeñas poblaciones*, cuyo mérito no he de encareceros por tratarse de un consocio tan estimado por todos; pero bueno es advertir que el Gobierno le ha dado comisiones importantísimas en esta última época, lo que comprueba que estaría convencido de sus méritos.

Otras 250 pesetas se designaron al Sr. Vera por su notable Memoria *Laboratorios municipales de salubridad*, en la que se desentraña un problema de interés general, y con la competencia que puede hacerlo un jóven tan estudioso, que desempeña dignamente un cargo en uno de esos establecimientos, el más importante de España, y que ha dado y está dando pruebas de tanta suficiencia con motivo de la última epidemia.

Igual cantidad que el Sr. Vera ha recibido el Sr. Aguirre, autor de la Memoria *Mortalidad de la primera infancia*; tema es éste cuyo interés no se agotará nunca, y que bien merece, cuando está bien desarrollado, como lo está en ese escrito, tan modesta recompensa.

El resto de la cantidad se empleó en hacer un obsequio con que la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE ha querido demostrar su gratitud al consocio y autor del retrato del Sr. Mendez Alvaro, nuestro primer Presidente. El hábil pintor y reputado higienista Sr. Parada y Santín, que conocía el estado financiero de nuestra caja, no reclamaba nada por su obra artística; pero si el consocio no podía hacer más por su parte, la Sociedad no podía hacer ménos por la suya que rendirle una pequeña muestra de su reconocimiento.

Cuando el Sr. Pidal, alejado del Poder, recuerde en las soledades de su retiro los actos de su administracion, segu-

ramente que si por todas sus determinaciones experimenta la satisfaccion que proporciona el cumplimiento del deber acompañado de una obra meritoria, no han de ser las 1.500 pesetas con que en todo el tiempo de su administracion favoreció á esta Sociedad las que ménos placer le proporcionen.

Nuestra Biblioteca ha aumentado sus volúmenes con los donativos que han hecho de sus obras varios Socios y algunos particulares nacionales y extranjeros; y aunque todavía es reducido el número de obras que encierra, no deja de ser valiosa atendiendo al mérito positivo de los libros que en ella se conservan.

En el personal contamos dos pérdidas muy sensibles: la muerte nos ha arrebatado al Dr. Benavente, uno de los Vicepresidentes de la Sociedad, y al Sr. Tellez y Vicent, que desempeñaba el cargo de Consiliario en la Junta Directiva.

Era este último un dignísimo catedrático de la Escuela de Veterinaria; su mucha aplicacion le había hecho alcanzar cuantos honores se pueden aspirar en su carrera, y pertenecía al Consejo de Sanidad del Reino. Entendido botánico y gran conocedor en materias de agricultura, era uno de esos hombres necesarios en España, donde estudios y conocimientos de ese género se hallan tan descuidados. Constituía su especialidad particularmente el de la riqueza pecuaria, y, en general, todo cuanto á la ganadería se refiere; conocía como muy pocos las epizootias, de cuyo carácter, marcha y progresos poseía datos valiosísimos, y sus consejos eran oídos en todas partes, y en el Real Consejo de Sanidad sobre todo, con aquel interés que da la autoridad que el Sr. Vicent en ellas poseía. El ramo de la Hi-

giene, á que nuestro consocio se dedicaba, constituye, sin disputa, uno de los más importantes y de los ménos extendidos de esta Ciencia, lo que sería sobrado para lamentar su pérdida si no nos la hicieran ya sensible sus bellas prendas personales, entre las que resplandecían su modestia y su carácter tan afable como bondadoso.

Si tanto es de lamentar la pérdida del Sr. Tellez, ¿qué os podré decir de la que experimentamos con la de nuestro Vicepresidente? Y aquí os ruego me prestéis toda vuestra benevolencia, porque sospecho que el sentimiento ha de ahogar de tal modo mis ya modestas facultades que, embargado el ánimo, no ha de encontrar recursos en el arte con aquella forma que yo deseara y á la que en otro pudierais aspirar con legítimo derecho.

Ningun golpe más doloroso ha experimentado esta Sociedad, despues de la pérdida de su fundador el Dr. Mendez Alvaro, como la que ha sufrido con el inesperado fallecimiento del Dr. Benavente, uno de los que más se habían encarnado en las ideas del que fué su inolvidable amigo; la frecuencia con que asistía á todas nuestras deliberaciones, la parte activa que tomaba en todos los debates, la constancia y laboriosidad que demostraba siempre en la Junta Directiva y en las comisiones que se le indicaban, sin tener en cuenta las muchas ocupaciones y los á veces ineludibles compromisos que de continuo embargaban su existencia, son pruebas fehacientes del mucho cariño que reservaba para la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE, cuya noble misión como nadie comprendía.

Y es que Benavente era uno de aquellos hombres que, sin grandes manifestaciones externas, se encontraba siempre dispuesto á sacrificarse por los demas, y con mucho

más motivo por todo cuanto redundara en beneficio de la humanidad; hijo del pueblo, amaba con todo el entusiasmo de un alma generosa al pueblo á quien debía su origen, su aristocracia, que era la de la edad moderna; la aristocracia del talento y del trabajo hacían de Benavente un verdadero patriota; jamás pretendió, ni admitió destino ó comision que no fuera ganada en buena lid; nunca acudió á sus relaciones, pues las tenía valiosas como ninguno, sino para atender á la necesidad de algun compañero, al que no pudiera servir ó socorrer por sí mismo, pues en este caso no permitiría que otro se le adelantase, encañeciendo por toda muestra de gratitud el secreto más profundo de sus bondades.

Jóven, se debe la carrera á sí mismo; concluida ésta es médico de un partido, donde aún, pasados muchos años, veneran y bendicen su nombre; hace brillante oposicion, y obtiene la plaza de médico de la Inclusa, y allí, rodeado de niños, se encuentra D. Mariano Benavente en su verdadero centro, y adquiere la fama y los conocimientos por los que tantas madres lloran hoy su muerte.

Enmascáranse los hombres á veces, que es difícil, si no imposible, conocer su alma; perversos hay cuyo exterior simpático, frases melosas, lisonjas tan artísticas como arteras, y conducta rematadamente hipócrita, engañan á la sociedad en que viven y que explotan; todo lo contrario era Benavente: de aspecto frío y seco, frase dura, incisiva y cortante, sin arte para el disimulo, ignorante de las lisonjas embusteras, parecía imposible que aquel hombre fuera el médico de la infancia y supiese como ninguno hacerse amar de los que sólo saben sentir, de los niños y de las madres; y es que debajo de aquella corteza áspera se encerraba un corazón bellissimo y más maleable que la cera.

Ya todo concluyó; ya Benavente no vendrá á autorizar con su presencia nuestras sesiones; ya no calmará con sus palabras la angustia de tantas madres que miraban en él la salvacion de lo que es para ellas un pedazo del alma; ya aquel hombre tan amante de la juventud no la alentará más con sus consejos; ya su lira, muda para siempre, no lanzará aquellas sentidas notas con que sabía cantar las virtudes de la Hermana de la Caridad ó dolerse de los infortunios de Murcia, ciudad donde vió la luz primera; pero su recuerdo quedará impreso en nuestra memoria, que no ha de borrarse fácilmente el de aquel que fué modesto sin aparentarlo, sabio sin soberbias, caritativo por instinto, amigo sin deslealtades, siempre constante, severo en sus acciones, humilde sin bajeza, estudioso como pocos y trabajador como ninguno.

Y permitidme, señores, que, rendido este tributo á quien fué para mí inestimable amigo, dé por terminada esta Memoria recordándoos que de sus muchos defectos soy yo tan culpable por haberlos escrito como vosotros, que, instigados por el cariño más que por los merecimientos, habeis sido causa de que la escribiera al designarme para el desempeño de este cargo con una bondad á la que mi alma corresponderá siempre con inextingible gratitud.

HE DICHO.



# DISCURSO

DEL SEÑOR

DON JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ

Secretario de la Sección de Epidemiología.



EXCMO. SR.:

SEÑORES:

Es la ventura cosa tan circunstancial, que muchas veces el hombre tropieza con ella en lugares erizados de peligros y asperezas. Así se explica que yo, conociendo las insuperables dificultades que ofrece el puesto que ahora ocupo, me sintiera embargado por una emoción intensa, mezcla de orgullo y de felicidad, cuando accediendo á deseos, que son mandatos para mí, de nuestro muy querido é ilustrado Presidente, acepté la misión honrosa de dirigir la palabra á la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE en estos tan solemnes momentos.

Páginas pobres serán las páginas trazadas por mi mano, que á más no llega la escasa inteligencia que en suerte me cupo. Ni el brillo esplendoroso del lenguaje galano, ni el efecto que produce el pensamiento profundo, impresionarán vuestra atención ilustrada; mas siendo cierto que la voluntad con sus esfuerzos, ya que no á conceder triunfos, llegar puede á eludir derrotas, tengo por seguro que en alas de mi deseo, firme é inagotable, si no digno de vuestro aplauso, me haré digno de vuestra benevolencia.

Escribí este discurso hojeando libros y recogiendo impresiones, sometidas despues á mi humilde criterio. Si en él no expongo la anhelada resolucion de alguno de los problemas todavía envueltos por las sombras de lo desconocido, al ménos trato de plantear términos elementales de una cuestion que juzgo trascendentalísima. Sean las alturas para el diestro, el avisado, el que en muchas ocasiones bordeó con paso seguro la sima del error buscando el legítimo sendero de la verdad. Para el humilde, el torpe, el inexperto, quédese solamente el sencillo esbozo de los asuntos, el diseño de las cuestiones, trazado con la vacilacion característica del mediano principiante; y así como á los grandes empeños se ofrecen las grandes compensaciones de la gloria y de la fama, á la modesta aspiracion, que se agita, impotente para volar, como el pájaro nuevo entre las pajas del nido, conságrese la indulgencia, que, léjos de poner en sus labios calurosos plácemes, los cierre con la llave del silencio, para que á su través y con su ayuda no asome su cabeza la crítica inexorable.

## I

La Higiene es sin duda, entre las ciencias todas, una de las que por modo más directo ejercen influjo en la sociedad. Los problemas á su estudio entregados, las cuestiones que á su análisis se confían, tienen tal carácter y naturaleza tan especial, que en múltiples ocasiones, quien en la dilucidacion de asuntos de Higiene se ocupa, es al mismo tiempo observador que contempla é interroga á la naturaleza, y pensador que medita acerca del alcance y medios de curacion de hondas y graves dolencias, padecidas por el complicado y admirable organismo social.

En tiempos pasados empeñáronse los hombres en la obra de poner infranqueables diques entre la materia, que juzgaban masa grosera sin más importancia que la secundaria concedida á una especie de soporte, y el espíritu, adornado con todos los atributos y revestido de todas las grandezas que son inherentes á lo eterno. Mas hoy se sabe que interesa mucho al hombre de ciencia conocer en igual grado cuanto se agita en esos dos mundos que encierran en su seno las maravillas de la existencia humana: el mundo material con sus elementos y sus fuerzas, y el mundo de la idea, el mundo del sentimiento, el mundo que guarda para los hombres la más legítima inmortalidad.

La Higiene, pues, no sólo atiende á impedir trasgresiones en el régimen corporal por ella recomendado; no sólo se cura de estudiar los medios para que el equilibrio entre la existencia y las fuerzas que sobre ella actúan se mantenga en la salud, fiel de la balanza de la vida, sino que, conociendo, como conoce, de qué manera repercuten las agitaciones materiales en el fondo del espíritu, endereza á éste por el buen camino para evitar unas veces que por falta de estímulos, no de propias energías, quede sepultado en desconsoladora impotencia, y para conseguir otras que ni el desórden ni el exceso puedan arrastrarle á perturbaciones terribles.

Más aún. El innegable progreso que por todas partes brilla ha dado á la Higiene una merecida trascendencia, que se traduce en positivos y beneficiosos resultados. Púdose en algun tiempo pensar que el problema de la vida estribaba sólo en hacer más duradero el vigor físico; hoy se sabe que la vida humana no se cuenta por los años que ha recorrido, sino por las obras que ha realizado: mejoras, adelantos, descubrimientos; hé aquí las nuevas divisiones con que al pre-

sente se juzga de la duracion de los hombres. La Higiene, pues, necesita atender con predileccion quanto á la esfera de lo intelectual pertenezca, porque así llena sus fines por completo y así corresponde á la preponderancia alcanzada en estas épocas modernas.

Los precedentes juicios me han sugerido el tema de este discurso, en el que somera y rápidamente pretendo hacer algunas *consideraciones generales acerca de ciertos medios aconsejados por la Higiene para evitar la locura.*

## II

Ya no es el loco, el endemoniado, el poseso, que servía á una edad tan bárbara como fanatizada para ostentar terribles instintos por la ignorancia engendrados; ya es el pobre enfermo que solicita y obtiene la tutela de la Medicina, ciencia despojada de las místicas vestiduras con que un día se cubrió, y que hoy, como todas sus compañeras, busca recursos en la fuente de las verdades, que es el estudio, dejando á un lado todo lo que pertenece á la fantasía ó á la imaginacion.

No he de entrar yo á discutir cuál es la legítima naturaleza de la locura. La eterna contienda entre el materialismo y el espiritualismo no ha de tener reflejo en estas pobres páginas. Maravilla pensar el tiempo malgastado por el hombre en disputas bizantinas, más propias para lucir vivezas de ingenio que para proporcionar ventajas á la sabiduría.

Las contiendas entre un espíritu que simbolizaba la tradicion, especie de reflujo en el mar de las ideas, y un espíritu que presintió primero y contribuyó despues á provocar

las grandes convulsiones revolucionarias que han dejado al descubierto el campo donde á la sazón realiza sus trabajos la Ciencia, no deben hoy mantenerse, porque importa mucho emplear horas, ántes consumidas fútilmente, en trabajos que contribuyan al paulatino pero firme progreso científico.

El médico tiene para apreciar las cuestiones que á la locura atañen un punto de vista fisiológico que puede, sin duda, librarle de las disquisiciones filosóficas, en cuyos laberintos tantos se pierden. Alberto Lemoine trató en un libro por él escrito de aunar las observaciones del médico con los discursos del psicólogo; la figura del enajenado fué por él presentada ante la filosofía, ante la sociedad y ante la moral, y sin aceptar un franco criterio fisiológico marcó á los filósofos el legítimo sendero que en materias de locura conduce al pensador de un modo tranquilo y mesurado hacia la verdad, apartándole de los peligros que respecto de estas materias tienen los idealismos.

Adoptando el criterio puramente médico, debo afirmar como base de este trabajo ahora comenzado que, cuando la locura existe, existe también una causa determinante, una influencia directa ó indirecta, ejercida sobre el órgano cerebral. Si analizamos estas causas ó estas influencias, obtendremos del análisis la enumeración de ciertos actos repetidos de la vida, necesidades satisfechas exageradamente ó extravíos orgánicos engendrados de las perturbaciones de la razón, que trucean al sér humano, tanto más sublime cuanto más brillante y poderosa se muestra su inteligencia, en sér oprimido por los instintos, que son, comparados con las ideas, lo que el fugaz brillo del relámpago es comparado con la luz perenne del sol.

Precisa hacer el análisis citado, porque en él han de apo-

yarse las reglas por la Higiene dictadas con el fin de advertir á los hombres que consumen su actividad en las luchas inherentes á la vida cuáles son los peligros que durante esas luchas cercan su razon y amenazan extinguir ó desviar los fulgores que de ella emanan.

En los tiempos presentes es inmegablemente más útil que lo hubiera sido en los pasados formular tales advertencias. La calidad de las actividades en que ahora se emplean muchos hombres, explica el por qué la locura es una enfermedad frecuente. Cuando los espíritus yacían encerrados en la cárcel del misticismo, observábanse violentos delirios achacados por aquel entónces á sortilegios ó embrujamientos, y que tenían algo de la desenfrenada carrera que emprende el prisionero cuando violenta ó mañosamente rompe la forzada clausura y goza del inefable goce de la libertad.

Como progresan las costumbres y las ideas, y cuanto no es tangible, progresa sin duda lo material. La eterna evolucion á que la naturaleza esté sujeta va haciéndola en cada momento que trascurre más sutil, más delicada; y esta sutileza, que proporciona, como es lógico pensar, perfeccion en el cumplimiento del destino á ella confiado, facilita las alteraciones y los desórdenes que pueden trastornar su marcha normal.

IIá un momento decía, y en ello insisto, que la calidad del trabajo á que muchos hombres se consagran influye grandemente en la frecuencia de las enfermedades mentales. No ha faltado quien, víctima de la pasion de escuela, achacara tal frecuencia al desórden supuesto de los tiempos y á la agitacion actual de las ideas. Mas no es éste seguramente el motivo; la agitacion y la lucha siempre son provechosas cuando bien dirigidas están; que los hombres, como las

aguas, se corrompen con la prolongada quietud. Lo que ocurre es que en el siglo presente la inteligencia trabaja más, se esfuerza más, y si el órgano inmóvil tiende á la atrofia, el que funciona con exceso tiende á la sinergia, que termina, de no cesar la causa perturbadora, con la muerte.

Haciendo estudios comparativos de la frecuencia de la locura en las distintas razas humanas, se comprueba que la raza caucásica ofrece el mayor número de locos, y la raza caucásica es, sin duda, la que más alto raya en punto á cultura y civilizaci6n.

En la raza negra la locura es excepcional; más aún: si en los negros libres suele presentarse, entre los que gemían y aún gimen en esclavitud, para ellos triste, vergonzosa para sus consentidores, sólo algun caso muy raro ha podido registrarse.

La razon adormecida por la ignorancia, sin que impresion alguna turbe un sueño rayano con la muerte, mal puede experimentar las violentas sacudidas propias de su extravío.

Estas sacudidas quedan para los cerebros rodeados del vertiginoso movimiento característico de la época. La Ciencia ensanchando sus límites y mostrando nuevos veneros hasta ahora escondidos; las artes desprendiéndose de un rutinario mecanismo para pedir direcci6n útil á la mente; la cultura imponiendo á todos, lo mismo á los pobres que á los opulentos de dotes intelectuales, esa ley indispensable á la vida que se llama ley del trabajo, todo cuanto contribuye al adelantamiento humano excita las inteligencias y las obliga á permanecer siempre en vigilia, provocando en ciertas ocasiones los trastornos inherentes al funcionalismo continuo.

Mas no por eso han de tildarse los tiempos presentes

de muy dispuestos para producir en sus hombres trastornos mentales. Representan los tales trastornos el natural desgaste en todo movimiento, lo que se consume en cada actividad y no llevan impreso el sello desconsolador de los trastornos que alteraban en otras épocas la marcha regular de las inteligencias. Hoy son el resultado de la energía: ayer eran la obligada consecuencia de la inacción; hoy tienen una Ciencia que unas veces los cura, otras los atenúa, y siempre los trata con arreglo á lo que dicta una práctica sabia, y ayer eran considerados como estigma infamante, capaz de atraer sobre la cabeza del infeliz en quien habían hecho presa todas las crueldades, todos los martirios de que pueden hacer uso gentes embriagadas por especiales preocupaciones.

Evidente parece que, siendo la actividad moderna motivo común de los trastornos mentales, en las múltiples particularidades de esa actividad haya que buscar las causas particulares también de la locura.

Maudsley por eso, al tratar de clasificaciones etiológicas de la locura, juzga que la etiología de las perturbaciones mentales ha de pecar siempre de vaga, y, por lo tanto, no puede ser buena ni fácil de hacer.

Sabido es cuánto, respecto de las enfermedades del organismo humano, se modifica el concepto etiológico por las especiales condiciones que en cada individuo concurren. La locura ofrece en mayor grado que otras enfermedades esta innegable modificación. Y no es esto sólo, sino que son tan múltiples, tan variadas las influencias que pesan sobre la mente humana, que resulta imposible concertar y ordenar todos los accidentes, estímulos y energías que pueden convertirse en causa de locura.

Vicios físicos heredados, primeras impresiones de la vida, defectos de la educación, circunstancias especiales en el régimen de las sociedades, cuanto se encierra, no sólo en el mundo que se mece sobre la esfera de lo sensible, sino en el mundo de lo orgánico, puede constituirse en causa de enajenaciones.

Claro está que en los límites de un discurso no cabe analizar tan vasto problema, difuso por propia naturaleza, ni ménos á la Higiene le es posible ir oponiendo ante cada causa el medio de destruirla. La Higiene estudia el asunto trazando líneas generales que abarquen los especiales casos, y yo limito la misión que me he impuesto á dirigir sobre cuestiones tan graves y complejas rápidas ojeadas que, si no para dar cabal conocimiento de la cuestión, sirvan para mostrar su innegable trascendencia.

### III

El orden seguido en la exposición que me propongo hacer, es el que la lógica aconseja. Partiendo de las condiciones en que un individuo se engendra, y analizando despues paso á paso las grandes etapas de su vida, pueden conocerse los peligros que amenaza su razón é indicarse de paso los medios conducentes á desvirtuar tales peligros.

La herencia fisiológica es un hecho innegable, y hasta cabe pensar que tal herencia pueda constituir una de las múltiples circunstancias merced á las cuales llegue á lograrse el paulatino perfeccionamiento de la condición humana. La transformación de las especies de que habla Buffon es evidente, como evidente resulta que el mejoramiento de la humana raza operado por tales transformaciones no se

pierde, puesto que se trasmite de unas á otras series de individuos para formar la sublime cadena de la historia.

Así como se heredan las fisonomías, los rasgos del carácter y otras varias condiciones tanto orgánicas como morales, herédanse tambien las condiciones patológicas; y muchas veces, al concebirse un nuevo sér, concurren circunstancias de tal naturaleza que el organismo engendrado viene á la vida con predisposicion á padecer dolencias de un especial género.

No llega la Fisiología á las conclusiones de Burdach y Lúcas, quienes presumen que las facultades afectivas influyen muy mucho para dar condiciones determinadas al nuevo sér engendrado; pero sí alcanza á patrocinar las aseveraciones que asignan á la herencia el importantísimo papel de fenómeno parcial y necesario de la reproduccion.

La reproduccion puede considerarse como un resultado del exceso en el crecimiento del individuo que se reproduce, segun afirma Hæckel, y tambien segun se desprende de la atenta observacion de los fenómenos reproductivos estudiados, no sólo en el hombre y en los animales superiores, sino hasta en los elementos orgánicos, que ofrecen ejemplos admirables de monogonía.

Y si la reproduccion analizada en lo que podríamos llamar su íntima naturaleza queda reducida á un fenómeno de divisibilidad, es evidente que la herencia puede considerarse, razonando con lógica, como fenómeno obligado de una division.

Esta division se modifica, y la llamada por Lamarek *herencia de las variaciones* sin duda comprende las transiciones y los cambios que sufre un organismo comparado con el organismo de que procede.

Los anteriores conceptos á la ligera expuestos, tienen cabal aplicacion á los problemas encarnados en la Patología, y dentro de esta rama de la Medicina, la parte consagrada á estudiar las enfermedades mentales es la que de una más fehaciente manera demuestra la verdad de la herencia morbosa.

La predisposicion á la locura se hereda muy frecuentemente, á juzgar por los datos que los clínicos dan siempre que tal cuestion analizan. No guardan mucha aproximacion las cantidades por unos y por otros aducidas; pero es lo positivo que todas las cifras, desacordadas en señalar la verdadera proporcion, hállanse de acuerdo para convencer al observador de que un gran número de locos trajeron al mundo al nacer, como triste patrimonio, el de una predisposicion arraigada para sufrir perturbaciones de la mente.

Esquirol, de 264 casos de locura encontró antecedentes hereditarios en 150, y Maudsley, despues de examinar 50 enajenados, dedujo que lo eran por predisposicion heredada 1 por cada 4 aproximadamente. Hoffman asegura que el 75 por 100 de los locos lo son por herencia; Hagen disminuye esta cifra á un 28,9 por 100, y Tigges calcula que en el 40 por 100 de los enfermos se comprueban los antecedentes de familia. Todos, en fin, lo repito, dan á esta causa un valor extraordinario, y hasta hay quien, como Lagardelle, afirma de una manera resuelta que la herencia domina todo el campo de la patología mental.

Influye por mucho el carácter hereditario en el pronóstico de la locura. Los que esta terrible enfermedad padecen por trasmision de sus padres, ofrecen ménos esperanzas de curacion al médico encargado de ella. A mi juicio, lo grave del pronóstico en las locuras heredadas robustece el con-

cepto fisiológico de herencia que desarrolla Hæckel. El *exceso vital* de un loco, permitidme la frase, que da origen á un nuevo sér, al infundir en éste las condiciones del progenitor le ha de comunicar las aberraciones que á su vez engendren en tiempo oportuno la locura. Y esta locura que tiene tan hondo fundamento no podrá obedecer fácilmente á una terapéutica apropiada como obedecen las formas cuya causa estriba en accidentes transitorios, ó, por lo ménos, no tan firmes y arraigados.

No sólo los hijos engendrados por los locos ó concebidos en el seno de las locas suelen traer á la vida predisposiciones á la enajenacion mental, sino que algunas veces los descendientes de los epilépticos, de los aficionados con exceso á las bebidas alcohólicas y de los enfermos que padecen ciertas neurósís, tienen tendencias á los desarreglos intelectuales, que á la menor ocasion estallan, con facilidad no comun, en las personas de buenos antecedentes hereditarios.

Tambien se ha comprobado que la generacion producida por un loco, si no hereda la enfermedad, suele ostentar condiciones deprimentes que, ora se manifiestan en vicios determinados, ora en otras señales siempre denunciadoras de un visible rebajamiento moral.

Y hé aquí uno de los múltiples ejemplos que la Higiene ofrece como decisivos de su influencia en la moralidad social. Cuando la Higiene interpone sus consejos, evitando así que por la herencia se extienda esa mancha que anubla las facultades intelectuales, puede obtenerse como resultado, unas veces dejar en el manicomio una celda vacía, otras impedir que un individuo que lleva impreso en su sér sello imborrable, arrastrado por heredadas influencias,

se lance al crimen y sienta despues oprimidos sus tobillos por el grillete del presidiario, ó lo que es más triste, oprímida su garganta por la argolla del verdugo, ejecutor de la justicia.

La locura suele ser el paso que por la herencia conduce á la muerte intelectual, que se llama imbecilidad. Así como en la luz próxima á extinguirse nótanse ántes de que perezca llamaradas brillantes, en los locos se observa que los chispazos del extravío intelectual del padre anteceden á las eternas sombras que han de reinar en el cerebro del hijo ó del nieto. Y digo del hijo ó del nieto, porque la herencia en las perturbaciones mentales puede manifestarse tímidamente en la primera generacion, guardando su mayor intensidad para la segunda.

El vulgo, siguiendo el parecer de algunos hombres de saber, señala los matrimonios consanguíneos como ocasionados á producir degeneraciones de raza, y sobre todo enfermos de la razon. La Ciencia ha querido pesar la justicia de esta opinion casi general, y es lo cierto que de sus investigaciones se deduce que los matrimonios realizados entre personas de una misma familia no dejan de tener sus inconvenientes. Si los dos cónyuges poseen buenas condiciones orgánicas, los peligros, si existen, son muy remotos; mas si, por el contrario, sus naturalezas tienen algun vicio, entónces los resultados son más desastrosos que en circunstancias ordinarias de casamientos hechos entre individuos de análogas condiciones pero de familias distintas.

Aplicando esta generalidad al particular caso de los enajenados, se puede decir que, al casarse dos parientes en los que sólo exista predisposicion, siquiera sea lejana, de perturbaciones mentales, lo casi seguro es que el fruto de

tal matrimonio llegue á la vida con grandes probabilidades de sufrir los rigores de la locura.

Reunidas las ideas que acerca de la locura heredada he apuntado, salta á la vista la utilidad de indicar los medios de que la Higiene dispone para cerrar esa puerta de la herencia y obstruir un paso frecuente á los desórdenes mentales.

El *desideratum* de la Higiene sería impedir que ciertas personas de especiales cualidades engendrasen hijos, evitando de este modo la trasmision de la enfermedad unas veces, y otras esa degeneracion moral é intelectual que en los descendientes de los locos se observa.

Las leyes impiden el matrimonio al loco que lo está en tal grado que la enfermedad, por lo declarada y franca, priva al paciente del carácter y de los derechos inherentes á la ciudadanía.

Ya en el siglo XIII (1) se hace constar que *el que fuese loco ó loca de manera que nunca perdiese la locura non puede consentir para fazer casamiento*. Las leyes en la actualidad exigen el uso completo de razon para contraer matrimonio; pero estas prescripciones son, sin duda, deficientes ante la Higiene.

La locura ostensible, desenvuelta, álgida, no podrá legar herencias tristes; pero sí podrán legarlas el predispuesto á trastornos mentales, el alcohólico, el epiléptico, la histérica y otros neurósicos. A los ojos del vulgo, muchas de estas anormalidades no se presentan; oscurecidas llegan alguna vez á trasmitirse á otra generacion, sobre la que arrojan semillas que, al cabo y al fin, dan sus frutos amargos.

---

(1) De *Partidas*, ley IV, tit. II, parte IV.

Matrimonios se realizan todos los días que ántes perjudican que favorecen á la sociedad. En vez de ser útiles, en cuanto van á cumplir su hermoso destino de dar al mundo elementos de renuevo, sávia reciente y vigorosa que reemplaza la vieja y gastada, son conciertos que tienen por fruto criaturas desdichadas que arrastran despues extravíos con ellas nacidos y con ellas desarrollados.

Reconozco que las leyes no pueden llenar todas las necesidades particulares, y comprendo que es imposible imponer por la fuerza aquello que ha de lograrse siempre por las advertencias repetidas, y por las suaves y continuadas indicaciones de los que se cuidan del mejoramiento del hombre.

La realizacion de las ideas en el Derecho simboliza la suprema aspiracion del espíritu humano; encarnarse en el Derecho pretenden todos los principios, y en él buscan su fundamento, su apoyo y su defensa cuantas labores produce el trabajo intelectual. Es el Derecho como la sancion otorgada al producto del pensamiento, algo que se aparta del lugar en que se agitan las concepciones abstractas para buscar el sitio que ocupan las verdades útiles, y, más que útiles, necesarias al desenvolvimiento de la humanidad.

La Higiene anhela formular concretamente, y á manera de cánones, sus consejos y reglas; mas se lo impiden, por un lado su no completo desarrollo, falta del vigor indispensable para lanzarse á las afirmaciones categóricas, y de otro la imposibilidad patente de que leyes de cierta índole ocurran á todas las necesidades que se notan en la infinita variedad que la unidad de lo humano contiene.

Por eso, cuando se trata de los medios de impedir la frecuencia con que se hereda la predisposicion á las enfer-

medades mentales, la Higiene aconseja que no se efectúen los matrimonios cuando uno de los contrayentes se encuentre predispuesto á los trastornos de la razon ó padezca alguna de esas neurósís que están como en la penumbra que separa la luz del entendimiento sano de la sombra del entendimiento enfermo; y estos consejos, ya que hoy no pueden infiltrarse en las leyes, deben tenerse muy presentes por las familias, á quienes conviene repetir una y mil veces que la herencia es fuente abundosa que surte á los manicomios de infelices enfermos, víctimas de una especie de maldicion, sujetos á su desventurado destino por las ligaduras inquebrantables de un vicio orgánico.

#### IV

En la niñez, período que llega hasta los quince años, no suele padecerse la locura. En tal edad el cuerpo se desarrolla y crece, y el cerebro recoge impresiones externas y comienza esos trabajos de comparacion que engendran los primeros juicios. Al niño no le agitan ni las grandes pasiones con sus tumultos, ni las dudas que las grandes ideas despiertan. En esos quince años parece como que se prepara y afirma el cimiento sobre el cual ha de descansar la fábrica maravillosa del hombre. El espíritu, durante el trascurso de este tiempo, se apercibe para el viaje de su verdadera vida, durante la cual ha de tropezar con las inmensas dificultades que las ideas oponen, y con las angustias inherentes á la agitacion de los afectos y de los deseos, que unos contra otros chocan como chocan las olas en medio de las extensiones del Océano encrespado por la borrasca.

Y, sin embargo, citanse muchos casos de demencia en

los niños. Fabret habla de un niño de siete años que, á consecuencia de malos tratamientos sufridos en la escuela, adquirió una manía suicida. Beckham describe la profunda melancolía de un muchacho de cinco años. Morison cita un maníaco de seis años, y Franck dejó entre sus estudios el muy curioso relativo tambien á una manía padecida por un niño de dos años. Otros muchos niños dementes se han observado por respetables especialistas. Maudsley, que concede una grandísima importancia á la locura de la niñez, no recata la opinion que tiene de la inteligencia de los niños. Juzga más poéticos que reales, más ilusorios que verdaderos, esos comunes juicios hechos acerca de la pureza, de la inocencia de la niñez. En el niño, segun él, rugen los instintos sin que la educacion haya logrado contenerlos; batallan los impulsos de la naturaleza sin que el freno de la razon desarrollada pueda detener la carrera fugaz de violentos deseos. Hay, sin duda, en estas apreciaciones algo de verdad y algo de exageracion. La demencia, sin género alguno de dudas puede decirse, no es enfermedad propia de esa época de la vida que se llama niñez.

La infancia de los hombres, como la infancia de los pueblos, es esclava de los instintos y vive sujeta á una constante observacion. A la expresion de sus necesidades atiende, y en la imitacion de lo que ve halla los elementos para dar sus pasos primeros por la senda del existir. Y estas dos que pudiéramos llamar características tendencias de su sér pueden, desviadas, producir trastornos análogos, y, áun más que análogos, iguales á la locura.

Los casos de demencia de la niñez citados comunmente se manifiestan por melancolías profundas ó arranques de irascibilidad furiosa.

Sabido es que el instinto ahogado pugna en los momentos primeros por romper la valla que le contiene; mas si todos sus esfuerzos resultan vanos, adormécese y comunica su sueño á la naturaleza, en cuyo interior se agita. Esos niños melancólicos de que nos hablan los numerosos mentalistas tan prácticos como Morel, pueden compararse á los pájaros que, acostumbrados á surcar sin impedimentos las regiones dilatadas del aire, caen un día en manos del cazador que los conduce á la jaula, especie de cárcel á través de cuyo enrejado contemplan tristes y decaídos aquel espacio en que ántes se mecieran sin otras trabas que las del cansancio, ni otro rumbo que el rumbo incierto marcado por su capricho. El niño privado de su libertad, metido de pronto en la jaula de una imprudente sofocación de deseos, trueca las alegrías propias de la edad por las tristezas, que son como la sombra que en el alma proyectan los desengaños.

Los arranques de furia, de cólera, son también gritos de los instintos dejados á su arbitrio, y lo que es peor, atizados por una falta inexcusable de régimen. Como luego hemos de ver al hablar de la educación, lo difícil en el problema de dirigir bien las facultades del niño estriba en buscar esa línea media, especie de diagonal trazada entre las dos opuestas y perniciosas fuerzas, que de un lado restringen en absoluto y de otro abandonan por completo á la naturaleza para que se revuelva á su sabor y sin que nada se lo impida.

Y respecto de los hechos de suicidio y de monomanías eróticas en la crónica de la demencia infantil registrados, juzgo yo que se explican por la tendencia á la imitación, que, como hemos dicho, tanto influye en las determinaciones de los actos infantiles.

No creo faltar á lo que afirman autoridades por todos reconocidas en materia de frenopatía si doy el carácter de excepcional á la demencia de la niñez; pero si esta demencia no estalla en los quince años primeros de la vida, en cambio durante tal tiempo se preparan los individuos de ciertas condiciones, ó sometidos á determinadas influencias, para sufrir en la época de sazón trastornos intelectuales.

En esta época de la infancia se ha de labrar el carácter, se ha de empezar á nutrir la inteligencia y el cuerpo ha de adquirir el continuado desarrollo que para el comienzo de la juventud necesita. Pues en la manera de llenarse estos tres grandiosos fines, resúmen de todas las actividades de la vida humana, hay peligros que pueden convertirse en causa de locura, y la Higiene tiene que elevar sus consejos para que esos males no surjan.

La educacion: hé aquí despues de la herencia la más importante cuestion relacionada con la etiología de la locura. La educacion que comienza en la niñez, continúa en la juventud y se perfecciona en la virilidad, es arma de doble filo que, mal esgrimida, hiere mortalmente al que la usa, y manejada con destreza defiende al espíritu de infinitos peligros.

Ahora sólo nos referimos á la educacion de los quince años primeros de la vida. Recordemos de nuevo lo dicho respecto de los instintos y de la observacion como notas predominantes del carácter del niño. En el niño hay dos fuerzas que pudiéramos llamar centrífuga y centrípeta. Centrífuga la de su voluntad, que se manifiesta por instintos que el raciocinio no detiene, ni vela el disimulo. Centrípeta la que en la observacion atenta del mundo externo se origina y viene á influir de un modo positivo sobre el sér. La primera es fuerza natural; la segunda es fuerza modificadora.

La manera de regularizar estas fuerzas, de disminuir sus violencias, constituye la base de la educación. El desco de lo agradable precede al de lo útil; la voluntad desde los primeros momentos trata de imponerse á manera de dictadora, y hay que evitar estas imposiciones.

Desde luégo se debe afirmar que la educación de la niñez, para evitar trastornos mentales futuros, debe ser esencialmente física.

Lástima dan esos niños criados en el interior de las casas como plantas en estufa, sin que el aire los toque ni los rayos del sol los hieran. Enclenques y raquíticos, jamás llega su cuerpo á entrar por la vía de un desarrollo vigoroso, enérgico. Sus órganos delicados no cumplen perfectamente con el fin que la naturaleza les encomienda, y al cabo llegan á la juventud anémicos, sin fuerzas para resistir los embates de pasiones fogosas. La alimentación insuficiente, los vestidos aplicados sin régimen cuerdo y la falta de ejercicio, pueden ser, y son en realidad, medios que á la larga contribuyan á desórdenes mentales. El vigor físico puede detener los extravíos de las fuerzas centrífuga y centrípeta de que hablamos ya, y estas fuerzas labran lentamente la entidad moral y la capacidad intelectual del hombre futuro.

El carácter violento de la niñez puede acarrear trastornos graves durante la juventud que terminen por la locura en la virilidad. La buena dirección de la voluntad del niño es cosa esencialísima. Sin duda que esta dirección falta en la mayoría de los casos. Es ley infundir á los niños lo que llamaremos *falsas impresiones*, que moldean poco á poco su carácter.

Un ejemplo trivial nos servirá para poner de relieve una falsa impresión que puede engendrar apetitos.

Si á los niños desde sus años primeros se les acostumbra á comer las frutas y los dulces con regularidad igual á la empleada en otros alimentos, éstos para nada se distinguirían de aquéllos. Mas no sucede así. Desde el principio se les hace entender que aquéllo se tasa, y el niño se acostumbra á desear con viveza lo que moderadamente pediría si no se le hubiese escatimado desde los primeros momentos.

Una de las mayores propensiones á la locura puede crearse por el exceso de fantasía, por la asimilacion de ideas extravagantes, torcidas, fuera de la realidad que exaltan la mente y provocan en ella las grandes crisis, iniciadoras de las perturbaciones intelectuales. Es frecuente en las familias infundir á los niños pavor y temores tomando por pretexto entidades imaginarias que lentamente adquieren vida en los delicados cerebros infantiles y que son acicate activo de la imaginacion. Se debe huir de estímulos tan perniciosos y contraproducentes, falsas impresiones que pueden acarrear en lo futuro patológicos predomios de la fantasía sobre la razon.

Como premisa necesaria para el mejor desarrollo moral del niño hay que vigilar las impresiones que éste reciba, haciendo que los conceptos del bien y del mal no aparezcan ante su sér con otras formas distintas de las verdaderas. El mimo, el halago, llevan á la creencia de que el bien estriba en gozar. El rogaño intempestivo, las penalidades importunas, falsean las tendencias naturales, y más que á enderezar al espíritu por buen camino contribuyen á estimularle para que se cubra con los densos velos de la hipocresía. En la educacion moral se han de aprovechar las que llama Spencer reacciones naturales, y ni el cariño extrema-

do, ni el rigor aparatoso de que ofrecen variados ejemplos las familias, conducen á un fin bueno. La educacion moral, en una palabra, debe tener por objetivo el de formar un sér capaz de gobernarse á sí mismo, no un ente necesitado del gobierno de los demas.

La educacion intelectual del niño ha de irse inculcando lenta y gradualmente. Esos niños precoces que asombran con sus adelantadas aptitudes de inteligencia, recuerdan á los calaveras que no habiendo llegado á la mayor edad, y no pudiendo disponer por lo tanto de su patrimonio, se entregan á la explotacion de los usureros y se ven, al cumplir los veinticinco años, sin la fortuna que sus antecesores les legaron, y que ellos sin conciencia ni reflexiones consumieron para proporcionarse placeres fútiles. Por igual modo los niños precoces piden á la naturaleza en una especie de préstamo fuerzas que en anticipados y ligeros trabajos intelectuales consumen, y cuando llegan á la edad oportuna notan que sus cerebros agotaron con anterioridad energías necesarias entónces para emplearse en su verdadero destino.

Las ideas deben irse pausadamente formando, porque son como los sillares, que, cuanto más firmemente asentados unos sobre otros están, mayor seguridad prestan á la fábrica de que forman parte. De igual modo que alimentarse bien no consiste en ingerir grandes cantidades de alimento, forzando al deseo y forzando la cavidad estomacal, la instruccion no consiste en amontonar ideas, pensamientos en gran cantidad, sin órden ni descanso. En el caso primero la indigestion es probable; en el segundo se prepara el terreno á la locura.

La instruccion de la niñez debe fundarse principalmente en la contemplacion de la naturaleza, precedida, como base,

del conocimiento de la lectura y escritura. Poco á poco, por la vía de lo sensible, pueden ir penetrando conceptos que tengan siempre la observacion por fundamento. Nada de conceptos abstrusos. El que comienza á andar harto hará si logra no caer, caminando sobre tierra llana y firme, y no debe lanzarse á sendas que requieran equilibrio para ser recorridas.

En este primer período de la vida débese, como hemos dicho, hacer que predomine la educacion física, para que esta educacion sirva como de contrapeso á precoces desgastes intelectuales ó á extravíos del sér moral. El gran moralista Epicteto, en una de sus máximas, dice que toda la atencion del hombre debe aplicarse al espíritu; mas es lo cierto que las bases de una moralidad excelente y de una integérrima salud intelectual siempre han de tener como principal elemento el de un bien conducido desarrollo orgánico; hay que curarse primero de la firmeza del tronco y la salud de las ramas, para que despues luzcan mejor las flores, símbolos de los humanos sentimientos, y se ostenten los frutos, que son, respecto del árbol, lo que las ideas respecto de los hombres, que por y para ellas viven.

## V

Cuando llega la juventud con su obligado cortejo de pasiones fogosas, de impulsos irresistibles, de nuevas y muy vivas necesidades, surgen peligros, hasta entónces no creados, para la seguridad y firmeza de la razon. La juventud, que une la inocencia de la infancia con el conocimiento propio de la virilidad, es, sin dudas de ningun género, uno de los

pasos más difíciles en la vida humana; estrecho y tortuoso desfiladero que guarda en cada revuelta mil asechanzas, y que hasta con dulces halagos esconde las armas temibles que hieren con herida mortal.

Y es que en la juventud nacen las pasiones; las pasiones, que, según el exacto concepto del insigne Descuret, no son otra cosa que la exageración y desorden de las necesidades inherentes á la vida humana; las pasiones, que en el catálogo etiológico de la locura tienen sitio preferente; las pasiones, que subyugan, arrastran, imperan, no sólo sobre la entidad psíquica, si que también ejercen su influjo en la física organización; las pasiones, en fin, que ensalzan ó deprimen la personalidad humana, juguete de sus veleidades y víctima sujeta á sus mandatos, que, ora empujan al lodo del vicio, ora levantan el alma hasta las alturas sublimes de la gloria.

El profundo filósofo de Hierápolis, há poco citado por mí, en uno de sus párrafos admirables dice: «El alma es un estanque lleno de agua; sus opiniones son la luz que ilumina este estanque. Cuando el agua está agitada parece que la luz lo está también, aunque no lo está realmente. Lo mismo sucede en el hombre: cuando está turbado y agitado, las virtudes se trastornan y confunden; son sus pasiones las que están en movimiento; una vez calmadas, el todo quedará tranquilo.» Estas elocuentes palabras, exactas al indicar la turbación que originan las pasiones, no lo son del mismo modo al hablar de sus efectos, puesto que, cuando cesan las agitaciones pasionales, quedan casi siempre, como resultado triste, alteraciones graves de la organización tanto física como intelectual del hombre. Las pasiones en todo tienen semejanza con el fuego; hasta en lo de marcar la

huella de su paso con evidentes señales de estrago y de muerte.

De un modo directo y de un modo indirecto pueden dañar las pasiones á la seguridad intelectual: provocando desórdenes afectivos, tempestades morales que acaben por hundir en las sombras á la inteligencia, ó estimulando excesos que depauperen el organismo y sean causas determinantes de enfermedades distintas rayanas á la locura y que por lo comun en ella terminan.

La locura de que son causa pasiones de cierto género, tiene un sello especial: parece como que degrada al sér, arranca el pudor y deja al descubierto el horrible espectáculo de un apetito que se retuerce ansioso de inacabables satisfacciones. El sensualismo, origen de graves trastornos intelectuales y físicos á la par, es uno de los vicios que con más energía debe combatir la Higiene.

Más adelante hemos de hablar de otro género de pasiones comunes á la virilidad; ahora brevemente diremos algo en general respecto de las comunes en la juventud.

El amor abandonando su natural situación de saludable sentimiento para buscar las regiones ardientes de la lascivia. La propia estimacion, siempre necesaria, trocándose en ambicioso desco, padre desventurado de tan desventurados hijos como el odio, los rencores y la envidia. El excesivo cariño á los fútiles entretenimientos que crea artificiosos apetitos. Cuanto estimula ciertas necesidades naturales en el sér y las hace rebasar su ordinario y prudente límite, es causa de perturbaciones de la mente y origen de esos tristes cuadros que con tanta frecuencia nos ofrece la sociedad: un hipocondríaco que termina por el suicidio, cuando no por el crimen; una histérica que concluye por ser víctima de ver-

gonzosa manía; personajes que, al tocar el desenlace del drama de su vida, hallan muerte triste en los patíbulos, en los presidios, en los sitios donde se alberga el vicio ó donde se cobija el enajenado.

Mas, por fortuna, el vicio que se enseñorea del cuerpo, las ilusiones que escalan las alturas de una desmedida ambicion, la sensualidad que pretende ser dictadora de un organismo, cuanto constituye causa de locura en la juventud, puede ser contrarrestado por un arma poderosa siempre que en el sér en que se aplique no haya, heredada ó adquirida, predisposicion anterior.

El futuro monomaniaco de grandezas, de mente exaltada y exuberante imaginacion, que vive de una manera continua consumido por la fiebre de sus deseos, tan desmesurados como insaciables, en el estudio, en el trabajo intelectual encontrará el agua que apague el fuego de sus ilusorios afanes, y en gérmen habrá de curarse su enfermedad, adquiriendo para siempre la conviccion de que las aspiraciones se logran paso á paso siempre que de por medio y para conseguirlas se pongan y empleen las labores con que se enaltece y dignifica la personalidad del hombre.

La jóven de educacion viciada, cuidadosa sólo de lo referente á la belleza de su persona, empeñada en estimular un sensualismo que concluirá, si se le deja tomar bríos, por ser tirano de la razon, en el cultivo moderado de la inteligencia encontrará el freno que ponga coto á sus desórdenes nerviosos.

Los que, dando rienda suelta á ciertos apetitos, se entregan á toda suerte de extravíos, si no quieren adquirir la triste condicion del enajenado han de consagrarse al trabajo intelectual, el que, á modo de revulsivo, alejará de

algun centro nervioso la continuada fuerza de desgaste, que, de seguir actuando, termina por engendrar males sin cuento.

Y así como al hablar de la infancia indicamos que la nota predominante de la educación en tal época de la vida debía ser la nota física, diremos ahora que no hay arma más poderosa para contrarrestar los impulsos y desórdenes de las pasiones juveniles que el cultivo de la inteligencia, base de la educación en la llamada época de las ilusiones humanas.

## VI

Cuando el hombre llega á la virilidad, cumbre de la existencia desde donde divisa el trayecto recorrido así como en sueños, y percibe al mismo tiempo la senda que ha de proseguir cumpliendo con la ley inalienable de la vida, cércanle peligros no menores que en la juventud y que amenazan por modo serio el estado normal de su razón.

La Higiene, al aconsejar al hombre un moderado trabajo intelectual, descanso suficiente y tranquilidad completa de espíritu, no hace más que precaver resultados funestos que por la desobediencia de los anteriores preceptos pudieran sobrevenir.

Los excesivos esfuerzos intelectuales, como que desgastan y aniquilan las energías del cerebro. Un trabajo estadístico hecho en Francia en el año 1853 con datos suministrados por las oficinas de los asilos de locos, clasifica y ordena las profesiones de los enajenados del modo siguiente: Profesiones liberales, militares y marinos, criados y jornaleros, rentistas, obreros industriales, agricultores y comerciantes. Estas agrupaciones, ordenadas según el mayor con-

tingente por ellas ofrecido á los manicomios, demuestran la influencia de la exagerada actividad intelectual en la produccion de los desórdenes mentales.

Ocupan el primer término las profesiones liberales, y dentro de ellas el lugar primero los artistas, los abogados, despues los eclesiásticos, los médicos, los farmacéuticos, y, por último, los funcionarios públicos. Como clase en que la locura es más frecuente, la formada por personas cuyas imaginaciones redoblan sus fuerzas azuzadas por la inspiracion y vuelan por espacios donde las mayores energías suelen debilitarse. Siguiendo á los hombres consagrados por entero á los trabajos intelectuales, están los que mezclan sus tareas y no tienen en continúa tortura su razon.

Reconócese tambien como causa de locura la que pudiéramos llamar ansiedad mental. Las dificultades de la vida, los temores, las preocupaciones, ponen en conmocion al pensamiento y labran de lenta manera su desgaste y su ruina. Se ha observado que abundan los locos más en las regiones agrícolas que en las industriales; y generalizando la observacion, que las vesanias son más frecuentes en las comarcas pobres, donde disfrutan los jornaleros de mezquinos jornales, que en aquéllas pobladas por gentes de buenos y más abundantes medios de vida.

De estas consideraciones, pues, brota espontánea la indicacion higiénica de que conviene evitar al pensamiento actividades muy prolongadas, y, sobre todo, proporcionarle el natural é indispensable descanso.

Respecto del descanso, justo es que el higienista consagre sus cuidados á recomendar como medida indispensable á la salud intelectual la que ordena que los hombres duerman todo lo necesario y con la mayor tranquilidad posible.

Es el sueño como el alimento de la inteligencia. El cerebro, uno de los órganos cuya actividad consume más fuerzas y elementos, necesita reposo continuo y frecuente para de nuevo adquirir el vigor que gasta. Los trabajos intelectuales mantienen congestionado el cerebro, y al cerebro le conviene muy mucho la renovación del líquido sanguíneo. Según los trabajos de Byasson, la célula cerebral, al funcionar, gasta sus elementos fosfatados, y estos elementos que consume tienen que renovarse á expensas del nuevo riego, cosa que no ocurre si la sangre afluye, se estanca y obliga á las células cerebrales á mantenerse de sus propias fuerzas, en cada momento más escasas.

Y no sólo el funcionalismo consume elementos integrales de organización, sino que agota las fuerzas de la inteligencia y provoca una continuada degeneración que tiene por término hondas perturbaciones. El sueño es el encargado de reparar en gran parte estas pérdidas, y el sueño jamás debe ser menor de lo necesario si se quiere mantener íntegro ese equilibrio establecido entre el gasto de energías del cerebro y la renovación de las pérdidas por ese gasto ocasionadas.

Con sólo conocer el grande efecto de las emociones queda recomendada la tranquilidad de espíritu que há poco mencioné, y que tiene mucha relación con asuntos que muy en breve y á vuela pluma hemos de analizar.

Hasta tanto contentémonos con recordar, á propósito del efecto que las emociones producen en el espíritu humano, la comparación hecha por el insigne mentalista de Londres tantas veces aludido en este discurso. Como la chispa eléctrica produce la parálisis ó la muerte, la sacudida de una emoción puede acarrear la muerte ó el entorpecimiento de la inteligencia. La robusta encina carbonizada queda por el

rayo que la tormenta sobre ella lanzó; muchas inteligencias aterradas permanecen por el efecto de una emoción violenta, rayo forjado en alguna de las tempestades sociales, tan frecuentes en el trascurso de la vida humana.

## VII

Grave es redoblar las energías cerebrales, estimularlas continuamente, no concederles la necesaria tregua para que repongan sus perdidos elementos; pero más, mucho más grave es llevar al cerebro el veneno que trastorne las maravillosas y sublimes funciones á que se halla destinado.

La embriaguez arroja desconsoladoras cifras de seres que pierden la razón por entregarse con descenfreno al uso del alcohol. Pocos vicios hay tan generales y arraigados como el constituido por el abuso de las bebidas alcohólicas; la afición á ellas se extiende por todas las clases sociales, y todas estas clases dan á la masa común su contingente desdichado de ebrios. Busca el hombre en las bebidas goces artificiosos que suplan los verdaderos y naturales goces, y el alcohol, como la perfidia, produce primero aparentes alegrías para captarse el aprecio de sus víctimas y disponer después de ellas más á su antojo. El vino cóbrase con usura el mentido valor prestado á los cobardes que buscan en el fondo de los vasos ánimos que no tienen en el fondo de los corazones; con no menor afán hace pagar los chispazos de ingenio cedidos á los cerebros que de él solicitan bríos no naturales; con interés no ménos crecido devuelve las penas y los sufrimientos á los que con su ayuda quisieron ahogarlos.

Y como el de la embriaguez es un vicio que imprime desde luego hondas huéllas en el organismo, sujeta á éste

desde los instantes primeros con la cadena de una afición que arrastra lentamente la personalidad humana á través de todas, áun las más increíbles degradaciones, para sumirla al fin en la muerte, acaecida en medio de horribles torturas y sufrimientos espantosos.

Algunos observadores pretenden que el alcohol depositase en sustancia en el seno de la masa cerebral. Ogston dice haber encontrado en los ventrículos cerebrales de una mujer muerta durante la embriaguez alguna cantidad de un líquido que tenía todos los caracteres físicos del alcohol. Schröder y Wepfer han observado en distintas autopsias, hechas en individuos que murieron estando embriagados, que la serosidad contenida en los ventrículos cerebrales despedía un fuerte olor alcohólico. Perrin apunta el resultado de un experimento demostrativo de la presencia en el cerebro del alcohol en sustancia: hallóse ésta en la proporción de 3<sup>er</sup>,25 en 440 gramos de sustancia nerviosa analizada.

Haya ó no exageración en las anteriores observaciones, es lo positivo que el alcohol produce en el cerebro trastornos orgánicos que se traducen despues en hondos y variados trastornos psíquicos.

El efecto del uso moderado del alcohol de todos es conocido, y la Higiene encuentra en él un recurso útil de alimentación. En cuanto al uso inmoderado, ocasiona toda suerte de desarreglos mentales: las alucinaciones, las melancolías, las visiones espantosas, acompañadas de una notable depresión de las funciones intelectuales y de un muy acentuado rebajamiento del sentido moral; por último, el *delirium tremens*, expresión la más acentuada del efecto que el envenenamiento alcohólico del cerebro produce. Mas no es esto sólo; no sólo rebaja, enerva y mata al individuo encenaga-

do en la embriaguez, sino que trasciende á su generacion.

Ratificando lo dicho en otro lugar, repito ahora que los hijos de los alcohólicos tienen una desgraciada herencia, con que el vicio de los padres les señala. En apoyo de este aserto citaré lo apuntado por Guislain acerca de una familia de maniacos, hijos de una mujer que se embriagaba diariamente; lo referente al alcohólico de Manchester, que tuvo siete hijos idiotas, y el caso á que alude Marcé, de un hombre esclavo de la embriaguez que tuvo un número crecido de hijos, todos ellos de inteligencia escasísima.

No sólo, pues, mata el alcohol al vicioso, sino que mata á su descendencia. Deja en las sociedades surcos que señalan su paso, indicado por las huellas de la imbecilidad y de la demencia, consecuencias naturales del desórden y de la depravacion.

Naturalmente, no podía pasar inadvertida á los Gobiernos la necesidad de contener los abusos alcohólicos cometidos por los ciudadanos; hay ocasiones en que la Higiene se manifiesta instintivamente sin necesidad de que nadie la predique y recuerde. Se han dictado leyes en algunos países imponiendo penas á los individuos que se embriagaran. En otras partes se ha procurado recargar mucho los derechos asignados á las bebidas alcohólicas para dificultar su uso. Se han fundado sociedades que aconsejaban y practicaban la mayor templanza. Pero ¿por qué no decirlo? Todas esas leyes y medidas no han producido grandes resultados.

La Higiene, al condenar, como condena con la mayor energía, el abuso de las bebidas alcohólicas, aconseja la extirpacion de vicio tan pernicioso por medio de la educacion, de la enseñanza, del buen gobierno del pueblo.

El encadenamiento de las prescripciones higiénicas es

inquebrantable. Buena educacion física, educacion intelectual oportuna y bien dirigida, contencion de las pasiones en la juventud: todo esto de que ántes hablamos es base para crear una sociedad bien organizada y, por lo tanto, sin tendencias al vicio. Más que las penalidades y los recargos subsidiarios favorecerán la extirpacion de la embriaguez la cultura diseminada en la masa de un pueblo. Como Zschokke dice, del pueblo mismo debe partir la aversion á ese vicio, del que ha de alejarse, no por imposicion, sino por convencimiento de los males que ocasiona.

Crear aficion al trabajo, despertar dormidas actividades, levantar, en fin, el nivel del pueblo á la mayor altura posible: hé aquí la máxima más eficaz contra el abuso del alcohol. Todo esto, sin duda, nace del movimiento impreso á las sociedades, de sus organizaciones, de la atmósfera que las envuelve, de los impulsos que las dominan, y, sobre todo, del régimen político que dispone y dirige sus fuerzas para el mejor cumplimiento de los altos fines que les están encomendados.

Y aquí conviene decir unas cuantas palabras acerca de la influencia que el régimen político puede tener en la mayor frecuencia de la locura.

La libertad sana, vigoriza á los pueblos; los despotismos crean clases privilegiadas que se lanzan á los mayores desórdenes, y clases desheredadas que se consumen en las mayores miserias, en tanto que las instituciones liberales se percatan de todo lo concerniente á los ciudadanos, lo mismo de lo que se refiere á la vida de su derecho que de lo concerniente á su derecho á la vida. Rousseau ha dicho en su admirable *Contrato social*: «El Gobierno bajo el cual sin medios extraños, sin naturalizacion, sin colonias, los ciuda-

danos pueblan y se multiplican más, es infaliblemente el mejor; aquel bajo el cual el pueblo disminuye y perece, es el peor.» Esta aseveracion del insigne ginebrino guarda, sin duda, en su fondo un admirable sentido práctico, engendrado y nacido por el amor á la Higiene. Buena es la libertad para conservar la salud en absoluto, lo mismo la salud del cuerpo que la del espíritu, que al fin y al cabo ambas unidas están en esa síntesis hermosa de la existencia, cuyo cabal y perfecto conocimiento ha perseguido, persigue y perseguirá la inteligencia humana.

## VIII

He de hablar tambien, puesto que causa de locura es, algo acerca de la religiosidad. No sería digno hijo de mi siglo si no me inspirase el sagrado de las conciencias el más profundo respeto; por tal motivo, no son estos renglones discusion ahora inoportuna de creencias; las de cada uno se profesan usando del inviolable derecho que el hombre tiene á adorar en el fondo de su pensamiento el ideal que mejor llene sus deseos; me limito tan sólo á exponer concisamente observaciones científicas muy dignas de tenerse en cuenta

En anteriores épocas provocaba el misticismo desarreglos de la inteligencia, entónces achacados, no á desórdenes de una funcion fisiológica, sino á influencias maravillosas y sobrenaturales. Hoy múltiples mejoras se han realizado, y no infructuosamente han corrido los años y han medrado las Ciencias; pero el fanatismo religioso puede todavía ejercer indirecto ó directo influjo sobre la salud de la mente.

Del modo primero puede ejercerlo oponiendo su fuerza á la realizacion del progreso, dificultando la cultura, que-

riendo obstruir el paso al adelanto. Exagerando los sentimientos religiosos se crean supersticiones y se pueden provocar locuras, acerca de las que dice el Dr. Lagardelle lo siguiente:

“Las locuras religiosas son, relativamente, muy frecuentes en la actualidad y son difíciles de curar, sobre todo á causa de las tendencias especiales de esta causa de enajenacion mental.

„Las concepciones delirantes son tanto más difíciles de combatir por cuanto se apoyan en principios, en nociones y sentimientos más generosos, más elevados y más absolutos.”

El celibato, que tiene su amparo mayor en el misticismo, es causa frecuente y directa de locura. Los séres que por votos religiosos se apartan de la vida que la naturaleza exige podrán cumplir con el impulso de su conciencia, pero no cumplen seguramente con el deber contraído ante Dios de llenar la mision para que han sido creados; piezas de esta admirable máquina del mundo, prefieren la quietud y el apartamiento á la actividad, que es su destino. Y así, nada de extraño tiene que, por seguir su inclinacion, véanse al cabo cubiertas por la herrumbre, que las trueca en inservibles para tomar parte en la inmensa y sublime labor humana.

Al pensamiento le perjudica la embriaguez del éxtasis y le vigoriza la gimnasia del estudio. La vida nerviosa desarréglese fácilmente con las repetidas sobreexcitaciones, y es lo cierto que estas sobreexcitaciones se producen con las extremadas prácticas de un culto que agota las energías de la carne y estimula las convulsiones del espíritu, cuyo fin suele ser el de un profundo desarreglo de las facultades afectivas é intelectuales.

Busque el alma en una creencia refugio que le abrigue

y guarde de los riesgos corridos durante las deshechas tempestades de la vida; mas no contribuya á desórdenes intelectuales exagerando máximas y preceptos que, á las veces, en contraposicion con las naturales necesidades están. Y así como no debe consumirse el cuerpo en la lobreguez del retiro, no debe tampoco agotarse el pensamiento entre las sombras de un acentuado misticismo. El movimiento es ley de vida, y ésta necesita de él como de la luz y como del alimento; que todos esos componentes, armónicamente empleados, dan á la carne lozanía y á la inteligencia la fuerza necesaria para que sirva de freno á los instintos y de brújula directora al pensamiento lanzado á este mar inquieto en que se agita la humanidad.

Há un momento decíamos que debilitando las fuerzas orgánicas se atenta á la razon, y creemos conveniente recordar ahora cómo los males todos del cuerpo pueden reflejarse en la inteligencia. Probadas están ya las locuras simpáticas que nacen de afecciones del hígado, del estómago, etc.; todas las caquexias, todas las discrasias que merman al cuerpo poder y le debilitan en grado sumo, pueden ser causa indirecta de enajenaciones mentales. De estos hechos patentes se deduce la vulgar verdad de que las prescripciones higiénicas generales favorecen y son indispensables á la salud del cerebro.

## IX

Al terminar estos ligeros apuntes, que apénas si han esbozado algunas de las múltiples é importantísimas cuestiones que la referente á profiláxis de la locura abarca, quisiera encontrar una fórmula concreta que resumiese los preceptos todos emanados del conocimiento de las más frecuen-

tes causas de la locura. Algo que, encerrando lo referente á los matrimonios que se realizan; á la educacion física, moral é intelectual del niño, del jóven y del hombre; á la perniciosidad del misticismo exagerado; á lo necesario del régimen liberal de los pueblos; á lo conveniente de conservar la salud del cuerpo, fuese como apotegma dictado por la Higiene para indicar á las inteligencias cuáles son las sirtes y de qué modo deben sortearse para evitar naufragios terribles.

Pero en la imposibilidad de formular esa regla concisa, creo que para la consecucion y perfeccionamiento de todos esos recursos sólo un medio existe: el progreso. Al comenzar este discurso apuntaba la idea que algunos tienen del influjo que en la produccion de las enajenaciones mentales ejercen los modernos adelantos; error, erasísimo error el de suponer que este movimiento de perfectibilidad que nos circunda puede ser causa de trastornos de la inteligencia.

La inteligencia, como todo lo humano, se acomoda á la atmósfera que la envuelve. Cuando su ambiente sea mezquino, mezquina será ella. Cuando á su alrededor sólo grandezas existan, de esas grandezas será reflejo, y en esas grandezas tomará bríos para cumplir de manera elevada con su mision.

Ayudando la obra magnífica del progreso, todos los problemas se resuelven. La primavera no la constituye un sólo fenómeno: el brote de las flores, sus matices delicados, la luz del cielo, el gorjeo de las aves, el despertar de la naturaleza, detalles todos que forman el conjunto de la hermosa estacion primaveral. El progreso no estriba en una sola cosa: amplitud de las ciencias, engrandecimiento del mundo, mayor utilidad de las artes; elementos que, uni-

dos, forman eso que se llama adelanto de la humanidad, gracias al que encuentra el hombre en cada día nuevos recursos con que llenar las múltiples necesidades de su sér. Triunfo sublime de ese adelanto será sin duda el que resulte de afirmar la razon humana, apartando en lo posible de su alrededor todos los peligros que puedan perturbarla ó destruirla. Pues de igual modo que el ingeniero allana el camino, pulveriza los obstáculos y abre franca vía para que sobre ella corra con velocidad vertiginosa la potente máquina que á todos los lugares lleva tangibles demostraciones de cultura, así tambien debe el progreso allanar el camino y destruir los obstáculos que entorpezcan la marcha de la inteligencia, eterna viajera que, desliziéndose por la vía del trabajo, camina con increíble celeridad á través de países ayer desconocidos, hoy del todo estudiados, para llegar al fin de esa obra, cuyo término grandioso ha de realizarse sin duda en el porvenir.

HE DICHO.





